

La Universidad, motor cívico y brújula de futuro: el caso de Castilla-La Mancha

Agradezco a nuestro querido Rector el honor de poder hablar en un acto cuya tradición académica hunde sus raíces en siglos de historia, a sabiendas de que lo hacemos desde un tiempo radicalmente nuevo. Un tiempo que no habrían podido imaginar ni santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, ni el papa León XIII, cuando proclamó a santo Tomás patrón de las universidades en 1880. Hoy vivimos un tiempo de aulas abiertas, diversas, masivas; de universidades donde más de la mitad del alumnado son mujeres; de campus conectados con el mundo y atravesados por los grandes desafíos de nuestra actual revolución tecnológica a escala global.

Es un tiempo que exige, por tanto, otras respuestas políticas. Porque la universidad contemporánea ya no es —ni puede ser— una institución para minorías. Permítanme, por tanto, comenzar con una afirmación sencilla, pero decisiva: una sociedad se reconoce en la universidad que construye. No en la que idealiza, no en la que recuerda con nostalgia, sino en la que sostiene, financia y defiende en el presente. Lo afirmo desde una doble convicción: la primera, que no hay justicia social duradera sin educación superior al alcance de todos y no hay cohesión social y territorial sin acceso universal al conocimiento. Por eso, hoy, cuando hablamos de la universidad, hablamos de qué sociedad queremos ser y queremos construir. La segunda convicción, que el nivel educativo sube y sube en cada generación, una afirmación que no es el momento de desarrollarla pero que es justo defenderla con insistencia porque hay datos fehacientes frente a los obsesivos profetas de desastres educativos.

En fin, que estamos en un tiempo nuevo y hace más de medio siglo, Clark Kerr, rector de Berkeley, ya advirtió que la universidad moderna ya no podía pensarse como una institución unitaria. No era ya la universidad teológica medieval ni la universidad de élites ilustradas del siglo XIX. Hoy es algo tan distinto que Kerr la llamó multiversidad: (*unus* y *versus*, participio de *vertere*, que gira en torno a un mismo centro como un conjunto). Propuso un término que no ha triunfado, el de multiversidad, porque esta institución se había convertido en las sociedades desarrolladas en una institución compleja, fragmentada y plural, obligada a cumplir simultáneamente **cinco** funciones agregadas históricamente, distintas y en tensión entre sí:

1- la docencia, con la formación de millones de estudiantes con perfiles muy diversos para las nuevas profesiones en un mundo tan cambiante laboralmente;

2- la investigación científica avanzada, con producción de conocimiento especializado, competitivo y costoso;

3- el servicio al Estado formando élites políticas, administrativas y ofrecer asesoramiento técnico.

4- la innovación económica y tecnológica en relación directa con empresas, patentes y transferencia de conocimientos;

5- la función cultural y simbólica que supone la promoción de legitimidad, identidad, valores...

En fin, una institución que suma y amalgama a **estudiantes, profesores, gobiernos, empresas, sociedad civil...**

son **actores distintos que solo están unidos por el nombre, el presupuesto y el rector**, más que por una misión intelectual compartida.

Y esto ha sido el resultado histórico de la ciencia moderna, del Estado del bienestar, de la economía del conocimiento y del peso de los Estados en la vida ciudadana, lo que hace de la comunidad académica una organización compleja...

La universidad no tiene un alma única...aunque cantemos en el *Gaudeamus* que estamos todos "en un foro común"... Está formada por proyectos muy distintos con equilibrios pragmáticos entre distintos intereses, con mundos, lenguajes y criterios de muy diversos afanes y metas.

Esta complejidad no es una desviación: es la huella del progreso democrático.

La universidad de hoy integra estudiantes de orígenes sociales muy distintos, investigadores de alta especialización, administraciones públicas, tejido productivo y sociedad civil. Y precisamente por eso debemos decirlo con claridad: la universidad no puede ser neutral frente a la desigualdad. O contribuye a reducirla, o la reproduce.

Pero, además, y es un factor de indudable urgencia, vivimos en una época de aceleración del conocimiento y de profundas transformaciones tecnológicas. Sabemos que la revolución digital exige cambios radicales en la comprensión del enseñar y el aprender. No sobra subrayarlo para que los sexenios y los JCR no nos nublen las prioridades: nuestra tarea fundamental es instruir y transmitir conocimientos y es evidente que han caducado los métodos tradicionales de la docencia hasta tal punto que existen dificultades para «enseñarlo todo» sobre cualquier especialidad.

Sin afán de suministrar recetas, me limito a constatar que ninguna revolución tecnológica es justa si no va acompañada de una revolución educativa que amplíe y mejore las condiciones de vida y cultura de todas las personas, de modo que la innovación no se convierta en privilegio y la tecnología en instrumento de exclusión.

Este es el contexto en el que nació hace cuarenta años la Universidad de Castilla-La Mancha. Recordar ese momento es necesario para conocer el cómo y el cuándo de una institución como la nuestra. En su día, fue, sin duda, una decisión política valiente, tomada por el primer gobierno autonómico elegido en mayo de 1983, que entendió que la igualdad no se proclama: se construye con instituciones.

Además, no sobra recordar que Castilla-La Mancha no había nacido con un pasado mítico ni una herencia aristocrática a sus espaldas, aunque tiene un pasado tan caudaloso como cualquier territorio del planeta, porque todos los territorios albergan pasados de muy notable complejidad cuyo conocimiento es necesario. Por eso, sin exhibir ni mil años de historia ni lengua propia, por la voluntad democrática expresada en la Constitución de 1978, Castilla-La Mancha nació de este pacto constitucional como parte de la nueva organización de un Estado de las Autonomías. Y es tan legítimo enorgullecerse de quinientos o setecientos años de existencia como de 40 años. Además, es una honra ser fruto de una decisión refrendada por todos los españoles, sin justificarnos por guerras o matrimonios entre príncipes y reyes.

En consecuencia, podemos analizar Castilla-La Mancha como un laboratorio perfecto del cambio histórico que significa contar con

una universidad. Crear su universidad ha supuesto quizás la política de cohesión social más transformadora de todo el periodo autonómico. No solo ha multiplicado el número de universitarios; ha cambiado la biografía de miles de familias castellanomanchegas, y ha convertido una región periférica en un territorio con futuro propio.

No exagero: hasta los años ochenta, Castilla-La Mancha era prácticamente un desierto universitario, los jóvenes que querían estudiar una carrera tenían que emigrar a Madrid, Valencia, Salamanca o Granada. La universidad era una opción para minorías muy seleccionadas. En los años sesenta o setenta estudiar una carrera implicaba, para un joven de La Mancha, Cuenca o la Sierra de Alcaraz, marcharse lejos y asumir un coste casi inasumible para muchas familias. Hoy la universidad está para la mayoría de la población a una o dos horas, máximo, por carretera.

Por eso, el primer gobierno autonómico arrancó su vida política con una tarea prioritaria e indiscutible, fue su empeño poner en marcha la Universidad de Castilla-La Mancha, aprobada por ley desde 1982. Costó y abrió sus aulas en el curso 1985-1986. Se terminaba así con una carencia de siglos y se abrió una puerta a la democratización del acceso a los estudios universitarios. Cambió por completo la lógica de acceso: la universidad dejó de ser un privilegio asociado al lugar de nacimiento o a la renta, para convertirse en una opción razonable para la mayoría de los jóvenes. Cuarenta años después, el paisaje es irreconocible. La UCLM ha formado ya más de **156.800 titulados** en este tiempo, es decir, decenas de miles de familias para las que tener un hijo o una hija con estudios superiores hubiera sido impensable en la generación anterior.

Sabemos que muchos de esos titulados son los primeros en su familia en llegar a la educación superior, con todo lo que eso implica en términos de movilidad social, nuevas profesiones, expectativas vitales y capacidad de participación cívica. Hoy la universidad está presente con campus y centros en las cinco provincias, y se ha consolidado como eje vertebrador del territorio: no solo concentra oferta formativa, sino también investigación, cultura, servicios sanitarios universitarios, laboratorios de energías renovables, centros de agua, de tecnologías digitales o de estudios fiscales y jurídicos, entre otros.

Es justo señalar, por tanto, un hecho inédito en la historia de esta Región: la UCLM ha funcionado y sigue funcionando como ascensor social. Cuando una universidad se instala en el mapa de una región, no solo forma graduados, cambia la geografía de lo posible. Donde antes de 1985 había itinerarios de salida reservados a minorías con recursos, desde entonces aparece una red estable de formación, innovación, empleo cualificado y vida cultural; y, con ella, una ciudadanía con más herramientas para decidir su futuro. La universidad, por tanto, no solo cambia personas: cambia biografías familiares enteras.

En efecto, con la UCLM se ha desplegado el giro social marcado por la nueva España democrática:

- Se han territorializado oportunidades (campus, sedes y oferta más próxima).
- La universidad se ha convertido en una infraestructura cotidiana, no excepcional.
- Y, por tanto, se están produciendo efectos acumulativos: más titulados locales → más profesiones

cualificadas → más demanda de servicios avanzados →
más ecosistema cultural y tecnológico.

Lo cierto es que se trata de un proceso ensamblado con lo que ha ocurrido en toda España desde la década de 1980, cuando se dieron dos leyes -de universidades y de la ciencia-, dos anclajes decisivos para impulsar un futuro que, al cabo de cuatro décadas, podemos calificar de satisfactorio. Porque el nuestro es uno de los países donde la educación superior ha tenido un impacto más profundo en la movilidad social, especialmente desde la segunda mitad del siglo XX. No sobra insistir en ciertos datos que ya son pura historia:

- En 1960, solo un 3 % de la población entre 18 y 23 años estudiaba en la universidad.
- En 1980, la cifra subió al 12 %.
- En 2000, alcanzó el 32 %.
- Hoy es del 54 %, por encima de la media de la UE.

Este salto no es solo académico: es una transformación social profunda. Significa que millones de jóvenes han tenido acceso a posiciones profesionales a las que sus familias nunca habían podido aspirar. De hecho, hoy, más del 43% de la población activa española ha obtenido título en enseñanzas superiores, porcentaje superior a la media de la OCDE (40%) y de la UE (37 %). Y con otro dato decisivo: la mitad de esta población activa son mujeres.

Más profundo es un hecho inimaginable que afecta directamente a la estructura de clases: el 40% de los estudiantes españoles de enseñanza superior proceden de familias cuya cabeza de familia está en trabajos manuales. España es uno de los países de la OCDE con más hijos de trabajadores manuales en la enseñanza superior, por encima de países como Finlandia (29%), Irlanda (18%) o Francia (19%).

Son datos fundamentales para analizar las políticas educativas. En lugar de debates. más o menos valiosos, sobre tal o cual ley, hay que aportar resultados, y los datos del ascenso social en España y, en concreto, en Castilla-La Mancha son contundentes.

En este sentido, los estudios (IVIE, Fundación CYD y OCDE) confirman que nuestra Región es casi un “laboratorio” perfecto de ese cambio histórico: de una universidad inexistente a una universidad propia y masiva en apenas cuatro décadas, lo que ha supuesto no solo multiplicar el número de universitarios, sino cambiar el futuro de miles de jóvenes puesto que hoy cuatro de cada diez jóvenes castellano-manchegos entre 18 y 23 años acceden a estudios universitarios, y, de estos, ocho de cada diez lo hacen en la Universidad de Castilla-La Mancha. En concreto, el 45 % de los titulados actuales en la UCLM son la primera generación universitaria en su familia, lo que confirma el papel de la universidad como transformadora de destinos familiares.

En la práctica reciente, la UCLM combina, además, dos rasgos: por un lado, retiene a sus jóvenes estudiando en su Región; y, por otro, ha desplegado otra faceta, recibe alumnado de fuera, ejerce una atracción externa de modo que actualmente en torno al 22% del alumnado en la UCLM procede de otras Comunidades Autónomas. En este curso concreto, en 2025-2026, en la matriculación de primer curso, tres de cada cuatro proceden de CLM y un 23% de otras regiones. Tres de cada cuatro estudiantes proceden de Castilla-La Mancha, pero casi un cuarto viene de otras comunidades.

Esto indica que la universidad ya no es solo un servicio básico para los jóvenes de la región, sino también un polo de atracción de

talento, con datos relevantes, por ejemplo, en las ramas de Ingeniería y Arquitectura. A lo que se suma que en los casi 30 años de vigencia activa del programa Erasmus hasta hoy, más de 20.000 estudiantes de nuestra Región realizaron estudios en otros países europeos y, en correspondencia, vinieron otros tantos miles de jóvenes europeos que internacionalizaron nuestras aulas y ampliaron los horizontes de convivencia, aprendizaje y conocimiento.

Y si la UCLM ha sido una agencia de movilidad social, esto ha conllevado otra realidad igualmente inédita y trascendental: ha sido y es una locomotora tecnológica y profesional en la región. Es un hecho global: hoy sabemos que los grandes cambios tecnológicos que transforman la economía —la digitalización, la inteligencia artificial, la biotecnología, la transición energética— nacen, se desarrollan o se validan en el entorno universitario. Y es una evidencia constatable que, donde hay universidades fuertes, hay economías fuertes. Más del 70 % de la investigación científica mundial se produce en universidades y las regiones con mayor densidad universitaria tienen mayores salarios, menor desempleo y más empresas de alto valor añadido.

España no es una excepción. Aunque a veces lo olvidemos, la universidad es la principal máquina de conocimiento del país: las universidades españolas realizan casi el 60 % de la investigación científica del país. En 2024, las universidades generaron más de 10.000 contratos de transferencia de conocimiento con empresas, administraciones y entidades sociales...

En la actualidad, la UCLM ofrece 54 grados y 13 dobles grados, además de una creciente oferta de másteres oficiales, y acaba de

alcanzar un récord histórico de matrícula con más de 6.670 estudiantes de nuevo ingreso en el curso 2025-2026, superando incluso el 100 % de las plazas ofertadas.

Y es que los estudios sobre la contribución socioeconómica de la UCLM subrayan que la universidad es hoy uno de los principales motores de innovación, de capital humano y de desarrollo tecnológico en la Región: genera empleo cualificado, impulsa proyectos de I+D, colabora con empresas y administraciones, y tiene un efecto arrastre sobre sectores como la energía, el agua, la agroindustria, la salud o el patrimonio cultural. Ivie+1 En una comunidad sin universidades privadas —algo excepcional en el mapa español—, la apuesta política por la universidad pública se refuerza con medidas como la gratuidad de la primera matrícula para más de 6.000 jóvenes al año, lo que sitúa a la UCLM y al campus de la Universidad de Alcalá en Guadalajara como auténticas palancas de igualdad de oportunidades y retención de talento regional.

En suma, fortalecer la universidad es fortalecer nuestro mañana, porque ser locomotora científica y tecnológica conlleva además la innovación cultural. En efecto, la innovación tecnológica implica creatividad, reflexión crítica y, por tanto, esto va acompañada de la ampliación del sector cultural. Por ejemplo, en España y en nuestra Región, más del 80 % de los profesionales del sector cultural se han formado en la universidad y es constatable también que las ciudades españolas con mayor densidad universitaria presentan mayores índices de participación cultural y tejido creativo. En suma, la universidad no solo impulsa la tecnología del futuro; también nos ofrece el lenguaje y la sensibilidad para entenderlo.

Ahora bien, hay que insistir en que toda conquista social, es, sin embargo, fácil de destruir. Por eso corresponde a cada generación defender la universidad porque no es un gasto: es la forma más inteligente que tiene una sociedad de orientar la brújula de su futuro en esta nueva sociedad del conocimiento, sin fronteras, y con exigencias globales. Sabemos que tener estudios universitarios multiplica por casi tres la probabilidad de acceder a empleos de cualificación alta. De hecho, el nivel de empleo entre titulados universitarios es 20 puntos porcentuales superior al de quienes solo tienen estudios obligatorios y la renta media de una persona con formación universitaria es un 55 % mayor que la de alguien sin ella. Y el retorno económico estimado de cada euro invertido en universidad es aproximadamente cuatro euros a largo plazo (OCDE).

Cuando una persona entra en la universidad, una familia entera entra en el futuro. La universidad es el espacio de la innovación. Sin innovación, no hay futuro; pero sin movilidad social, no hay futuro democrático. Por eso la universidad importa tanto: porque sostiene las dos columnas sobre las que se levanta una sociedad más libre y con mejores soluciones para todos. La universidad no es un gasto. Es la inversión más justa y rentable que se puede hacer en una sociedad. Invertir en universidad reduce desigualdades, mejora salarios, fortalece la democracia y amplía horizontes vitales. Donde hay universidad pública fuerte, hay más igualdad, más cohesión y más futuro.